

lles á los cuales solamente da valor y aun preciosidad el largo trascurso de los años.

Dos muy cumplidos gastó don Ramiro en aquella obra, y cuando la vió terminada no pudo contener una esclamacion de alegría:

—; Ya nada me queda por hacer ! dijo.

Y de vuelta al alcázar saludó á su esposa mas afectuosamente que solia, y besó con mas amor que nunca la frente de la infanta doña Petronila, que ya habia aprendido á seguirle con los ojos y á nombrarle padre.

Mas cierto que se engañaba el buen rey, porque mucho le quedaba por hacer todavía para lograr sus intentos. Y es fortuna para nosotros, que de otra suerte aquí mismo habria de dar punto la crónica curiosísima que vamos siguiendo.

*[Faint bleed-through text from the reverse side of the page, including the words "ROMANCE VIEJO" and "Que no quieren tomar por rey sino al que lo merecia."]*

*[Faint bleed-through text from the reverse side of the page, including the words "ROMANCE VIEJO" and "Que no quieren tomar por rey sino al que lo merecia."]*

CAPITULO IX.

**Donde se vé que los ricoshombres de aquella edad no eran tan bien sufridos como estos que andan ahora.**

*[Faint bleed-through text from the reverse side of the page, including the words "ROMANCE VIEJO" and "Que no quieren tomar por rey sino al que lo merecia."]*

Que no quieren tomar por rey sino al que lo merecia.

ROMANCE VIEJO.

*[Faint bleed-through text from the reverse side of the page, including the words "ROMANCE VIEJO" and "Que no quieren tomar por rey sino al que lo merecia."]*

En un gran salon del alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera y voluptuosos cogines orientales, mirábase reunidos cierto dia como hasta quince ricoshombres, los mejores del reino.

Pedro de Luesia el arzobispo, era uno, y otro aquel Roldan tan determinado, y Gil de Atrosillo, y Miguel de Azlor, y Sancho de Fontova, y el viejo Ferriz de Lizana, y un cierto Garcia de Peña, y

otro nombrado Ramon de Foces, y otro aun á quien apellidaban Pedro Cornel, y Garcia de Vidaura y Pedro de Vergues, y cinco más cuyos nombres ca-  
tolla la crónica.

Caballeros todos ellos, no hay que decirlo; vale-  
rosos en armas, ricos en hacienda, osados y ambi-  
ciosos á porfia basta saber que lo eran para que se  
suponga.

Largo rato pasaron en sabroso entretenimiento,  
ora repartidos en grupos, ora en general conversa-  
cion: al cabo se abrió la puerta principal del salon  
y dos heraldos anunciaron en alta voz al rey.

Los ricoshombres nombrados dejaron entonces  
su plática y se adelantaron á recibirle.

Don Ramiro parecia mas contento que de ordi-  
nario, y contra su costumbre saludó muy afectuosa-  
mente á los magnates del reino.

Sentóse luego en la silla que le estaba prepara-  
da y les habló de esta manera:

—Bien sabeis, mis nobles caballeros y ricoshom-  
bres, cuán á disgusto mio fué el salir del convento  
y tomar mujer, y entender en el gobierno del rei-  
no. La salud del estado fué lo único que pudo mo-  
verme á dejar la vida tranquila que traia, y faltar  
á los votos de monje que tenia hechos; pues mientras  
ha sido necesaria mi persona, he atendido á gober-  
naros como mejor he sabido, si no siempre con  
acierto, con buena voluntad en todas ocasiones;  
mas ahora siento que ya no hago falta por acá, y  
es hora de que vuelva á la vida penitente para la  
cual me juzgo harto mas á propósito que para esta

que traigo hace dos años. Déjoos una hija que de-  
be succedermé en el trono segun los fueros del rei-  
no, y con ella los años adelante seréis mas felices  
que conmigo lo habeis sido. Una cosa me falta por  
deciros, y es que porque haya quien atienda á la  
crianza de mi hija, y la defienda de enemigos y os  
gobierne en paz y justicia, mientras ella sube á ma-  
yor edad, he determinado darla en esponsales á al-  
gun príncipe poderoso y de probado consejo, el cual,  
bien miradas todas las cosas, no puede ser otro que  
el buen conde Berenguer, de Barcelona, caballero  
escelente, monarca discreto y benigno, como es sa-  
bido en todo el mundo. Dentro de una hora parti-  
rán mensajeros míos á Barcelona, llevándole al con-  
de la propuesta de estos esponsales; mas antes he  
querido ponerlo en vuestro conocimiento para que,  
como leales que sois, me ayudeis en esta empresa.

Calló el rey, y los ricoshombres se miraron unos  
á otros sin poder ocultar su sorpresa.

—No os decia yo que no os fiarais de su aparente  
calma? dijo Roldan el primero. ¡Ah! mal abad  
de Mont-Aragon, tú tienes la culpa de todo esto.

—Sosegaos, Roldan, respondió Garcia de Vidau-  
ra. ¿No oisteis decir que del dicho al hecho hay  
gran trecho? Todavía ha de verse esto muy des-  
pacio.

Tales conversaciones movieron entre sí instantá-  
neamente unos con otros todos los orentes; pero nin-  
guno contestó al rey.

—¿Qué decís á esto? ¿No os parece del todo

acertada mi determinacion? dijo don Ramiro al notar la comun sorpresa.

Férriz de Lizana, como mas autorizado que los otros por sus canas y largos servicios y conocimiento de reyes, tomó al fin la palabra, y habló de esta manera:

—Grande espanto es, señor, lo que nos causa vuestra resolucion, no solo porque en sí ha de ser dañosa para el Estado, sino más todavía porque tal hayais pensado sin contar con nuestro consejo. Los reyes en Aragon no tienen, señor, autoridad para tanto; que así como así no tienen mas sino aquella que nuestros antepasados delegaron en ellos en el monte Pano, y vos mismo la debeis á nuestra eleccion que no á otra cosa. Dejar vos el trono será gran daño para Aragon en las presentes circunstancias; pero ¿cuánto mas no ha de serlo el que venga á gobernarnos un príncipe extranjero? De mí sé decir que no he de consentirlo.

¡ Ni yo ! ¡ ni yo ! gritaron todos al propio tiempo.

Don Ramiro se estremeció al oír aquella reprobacion unánime y no esperada.

—Nobles caballeros, dijo con vos menos firme que la majestad pedia en tal ocasion, ¿ queréis obligarme á llevar la corona en la cabeza contra mi voluntad? ¿ Queréis forzarme á que me falte á mí propio y falte á lo que debo á Dios y á mis votos? ¿ No os basta con haberme impulsado á abandonar la paz de mi monasterio? ¿ No os dejo ya lo que necesitabais, que era sucesion á la corona?

— Pobre monje ! no le afijais, dijo uno de los caballeros á los que mas cerca tenia.

— Miserable cogulla ! exclamaron otros.

Férriz de Lizana volvió á tomar la palabra.

—Nosotros, dijo, no queremos forzaros á vivir en el mundo, dado que tanto os molesta: lo que deseamos es que no venga á gobernarnos un príncipe extranjero, ni elegido ni reconocido por el reino.

—¿ Pues quién ha de gobernarnos durante los menores años de mi hija? preguntó cándidamente el rey.

—¿ Quién? repuso Lizana: dejadnos á nosotros en tutela á la princesa; que nosotros buscaremos marido que le convenga, y muy bien gobernaremos en su nombre el reino hasta que se case ó éntre en la mayor edad. ¿ A quién, si no á nosotros, pertenece el disponer en estas cosas?

Por muy tímido que hicieran á don Ramiro los años de convento y de apartamiento de armas y negocios, no pudo contener una exclamacion de ira al oír tales palabras.

La sangre de su abuelo, Ramiro I, el que libró á su madrastra de la hoguera, y murió como tan bueno en Graus; la de su padre Sancho Ramirez, que murió tambien atravesado por saeta mora; la de su hermano don Pedro, que conquistó á Huesca, y la de aquel otro valentísimo hermano que acababa de morir en Fraga, bullia al cabo en sus venas; y su esfuerzo, que habia dormido por tanto tiempo, se despertó en un punto.

Vosotros, dijo, queréis que os deje á mi hija en

tutela para quitarla el sér de reina; queréis gobernar el Estado para usurpar lo poco que conserven aún la corona y el pueblo. Pues entended que no habeis de lograrlo, y que si hasta ahora cedí á cuanto quisisteis, y os dí cuanto injustamente me pedirais, en adelante he de obrar como rey y he de serlo vuestro el tiempo que aun haya de estar en el trono. Si os cedí parte de mi poder y de mis bienes, cedí de lo mio; mas de mi hija no he de ceder nada; antes resistiré á todo trance vuestras pretensiones. Ea, pues, idos de mi presencia; y sabed que mal que os pese, Berenguer, conde de Barcelona, será esposo y tutor de la reina.

Al decir estas palabras, sus ojos, por lo comun apagados, brotaban fuego; su fisonomía decaida cobró una espresion y una fuerza espantables.

Los grandes, mas bien maravillados que no acobardados por aquel arranque de ira, se dirigieron hácia la puerta sin responder palabra.

Dos hombres de armas la guardaban.

—Oid los de la mesnada, dijo Ferriz de Lizana. ¿De qué casa es vuestro pendon?

—Somos, señor, respondieron los hombres de armas, de la casa de Azlor.

—Ea, pues, Miguel de Azlor, repuso Lizana dirigiéndose al ricohombre de tal apellido, que venia detras de todos, mandad á los vuestros que no dejen entrar ni salir á nadie por esta puerta sin nuestra orden. Y vosotros Roldan, Gil de Atrosillo, Vidaura, corred á vuestras mesnadas, aquí y allá puestas

de guarda en el alcázar, y que no dejen salir ni entrar á nadie, so pena de la vida.

—Vasallos, ¿os atreveis á prender á vuestro rey? gritó don Ramiro al oír aquellos estraños mandatos.

—No nos atrevemos, replicó Lizana, sino á defender nuestros fueros.

—Temed mi cólera si logro desasirme de vosotros.

—Es que acaso no lo logréis, respondió bruscamente Roldan.

Y volviéndole la espalda se alejaron los ricoshombres hablando ó riendo sin curarse de sus gritos y amenazas.

El rey se lanzó detras de ellos, pero por mas que hizo no pudo salir ya: los hombres de armas, caladas las viseras y bien empuñadas las partesanas, le cerraron el paso como si no le conociesen.

Don Ramiro se desesperó y con razon que le sobrava.

No contar con esta resistencia de los ricoshombres, habia sido imprevisión notable; mas el monje no lo atribuyó á eso, sino mas bien á enemistad del cielo que quería quitarle los medios de hacer penitencia y de morir en gracia.

Su cerebro enflaquecido con la continua meditación religiosa y la continua oración, y lleno de preocupaciones y de misteriosas historias, no podia conllevar el menor peso que echase ya sobre él la fortuna.

Dos ó tres veces rogó á sus guardias que enviasen por el abad de Mont-Aragon, á fin de que al

punto le absolviese, aunque hubiera de dejar abandonada la empresa de coronar á su hija; pero los fieros adalides no hicieron caso de sus ruegos.

Su imaginacion comenzó entonces á representarle como posible que los grandes quisieran asesinarle, y antes que no la muerte espantábale el perder la vida sin haber hecho penitencia. Y al propio tiempo el gran impulso de ira que escitaron en él las palabras descomedidas de los grandes, se fué convirtiendo en abatimiento: la reaccion fue horrible.

Así pasó el resto del día encerrado, y preso en su propio alcázar el rey de Aragon, y en el entretanto todo Huesca era rumor, todo armas, todo apellidos de guerra.

De una parte los ricoshombres atendian á llevar adelante sus empeños y aunque; vacilando aun en lo que les convenia hacer, disponiase ya para resistir á los amigos del rey, si los tenia, y á los reyes extranjeros que por piedad ó por ambicion pudieran acudir en su ayuda.

De otra, el pueblo, mas asombrado que resuelto, vagaba por acá y por allá llenando en copiosas muchedumbres, calles y plazas, pero sin espresar ningun sentimiento de aprobacion ni de cólera.

Y los servidores de la casa del rey, amedrentados, huian ó se escondian, que es la costumbre de tales gentes en ocasiones como ella.

En tanto la reina doña Inés, hartó acostumbrada ya á no ver á su esposo, ignoró por muchas horas lo que ocurría.

Hallábase asomada en un ajimez del alcázar desde donde miraba correr las aguas del Isuela formando cien revueltas por entre los sotos frondosos de sus orillas.

Así procuraba divertir sus ojos con las hermosas vistas que descubrian; mas ¿cómo apartar de su mente tan negros pensamientos como la acosaban?

A su lado estaba Castana con la tierna princesa en los brazos. De cuando en cuando volvia el rostro la madre y aplicaba sus labios con indecible deleite en el rostro de la hija, y aun á veces la bañaba en llanto, que luego cuidadosamente secaba con su pañuelo.

Sonaron dos golpes ligeros á la puerta de la estancia, y Castana fué á abrirla llevando en brazos á la princesa.

Nunca lo hubiera hecho, porque en el propio tiempo que abria, saltaron sobre ella dos guerreros, y arrancándole el uno á la princesa de los brazos, se la dió al otro diciendo:

—Ponedla en seguro.—Y éste desapareció como un relámpago.

Castana prorumpió en un grito horrible, y cayó contra el muró desvanecida.

Doña Inés volvió el rostro al oír aquel grito: mirar y ver que no estaba allí su hija, fué obra de un instante, y dirigiéndose á aquel de los guerreros que habia permanecido en la estancia, le asió del brazo con todas sus fuerzas y le dijo con voz temblorosa:

— Mi hija ! ; mi hija ! ; ¿ Quién sois ? ¿ Qué habeis hecho de mi hija ?

El guerrero se alzó la visera y la reina reconoció en él á Roldan.

— ¿ Adónde se han llevado á mi hija, Roldan ?

— Esto os ha mandado el Rey ?

— Confiad, señora, en que está en mis manos: respondió el caballero.

— No, no confio en nadie: ¿ dónde está ? ¿ dónde está mi hija ? exclamó la reina.

Y seguida de Castana, que habia ya vuelto en sí del momentáneo desvanecimiento que le causara aquel suceso inesperado, se precipitó por la puerta sin saber adónde iba.



CAPITULO X.

**De cómo Aznar Garcés era hombre que solia hallar todas las puertas abiertas, con otros curiosos sucesos.**

Viendo cerca del pecho las cuchillas mudó la voz y dijo: Caballeros.....  
¿ Asi infamais los inclitos aceros ?  
ULLOA.—La Raquel.

La reina y Castana recorrieron diversas salas y aposentos, bajaron y subieron escaleras, cruzaron anchos corredores sin sentir otro ruido que el que producian sus pisadas.

— Mi hija ! ; mi hija ! ; gritaba la reina de vez en cuando, pero en vano.

Y el caso era que no sabia aún si por mandado de su esposo se la habian quitado ó no; si aun estaba ó no segura su vida.